
Monseñor Jesús Emilio Jaramillo Monsalve, M.X.Y. Obispo de Arauca (Colombia)

Con ocasión de los funerales de Monseñor Jaramillo, el 5 de octubre de 1989, el P. Neftalí Vélez Ch., S.J., profesor de nuestra Facultad y miembro de nuestro Consejo de Redacción, se desplazó hacia la ciudad de Arauca y allí tuvo oportunidad de entrevistarse con el P. Carlos Leal, Presbítero de la Diócesis de Arauca, Párroco de La Esmeralda, quien compartió el trabajo pastoral con su Obispo desde 1970 y lo conoció profundamente.

**E. Padre Carlos, es una alegría charlar con usted, sobre todo, acerca de un pastor como Monseñor Jesús Emilio Jaramillo M. Podríamos empezar: ¿qué es lo que más le llama la atención de la vida de él?, ¿qué aspecto de su persona, como pastor, le llama más la atención?*

****C.L.** Monseñor dejó muchos recuerdos en nosotros, en sus sacerdotes y en el pueblo cristiano. El quiso ser amigo de todos y fue una persona que, aunque un poco tímida, diríamos nosotros, para relacionarse con todo el mundo, sin embargo bregaba por acercarse a todo tipo de personas: a los jóvenes, a los niños y a los adultos. Estaba rodeado de muchas cualidades. Era un hombre inteligente y con él podía uno sostener cualquier charla y por eso, llegaba tanto a cualquier grupo humano: profesionales, estudiantes o campesinos; porque el otro don era el de la palabra. Era una persona también mística, de una oración profunda. Todas las mañanas meditaba largamente, lo mismo que al medio día. Nunca comenzó trabajos en las parroquias, cuando nos visitaba, antes de hacer su oración. Era un hombre profundamente religioso. También Monseñor era sencillo, muy sencillo, muy humilde, su figura, la que hoy recordamos, era la de ese hombre anciano, bondadoso.

* E = Entrevistador: P. Neftalí Vélez Ch., S.J.

** C.L. = Entrevistado: P. Carlos Leal, Pbro.

Usaba su poncho como cualquier colono y una cachucha. Descomplicado. Nunca viajaba en los carros de la Diócesis (muy rara vez), siempre utilizaba el bus. Sencillo y descomplicado, porque en esta colonia tan dura, hace 16 ó 18 años, había que dormir en una hamaca, en una cama improvisada de madera, una estera y él lo hacía con gusto; no se incomodaba. En su alimentación, lo que le dieran. Nunca exigía nada y era demasiado bondadoso. Es decir, él tenía un corazón tan grande que todo le preocupaba y todo quería ayudarlo a resolver.

Para nosotros fue inmejorable. Nunca encontramos en él una frase de reproche, de llamada de atención. Siempre lo que él decía lo hacía con un inmenso cariño. Esa es, en suma, la imagen que nosotros tenemos.

Otro aspecto también es el que era muy jocoso. El chiste fino entre sus sacerdotes. A cualquier acción nuestra, él trataba de ponerle colorido; en la mesa, era demasiado agradable. En ese chiste y en esa forma de estar en medio de esa seriedad que también lo caracterizaba y de su alegría.

E. Padre, ¿en qué forma tuvo que ver con él?

C.L. Pues, desde el comienzo ya de mi carrera sacerdotal, definiéndome en ella, porque cuando Monseñor llegó a la Diócesis, yo estaba ya comenzando la teología. Entonces, siendo seminarista, lo acompañé en las primeras misiones. Yo trabaja en grupos legionarios en Bogotá. Comenzamos a hacer las primeras misiones hacia Arauca, a esta tierra del Sarare y fui su compañero en todos los viajes.

E. ¿En qué años?

C.L. Eso fue por allá como en el 68 y algo del 69. Muchas salidas, muchos recorridos hice con él. Por eso, pues, yo compartía con Monseñor el apostolado y también, a veces, sus inquietudes, sus proyectos, lo que él pensaba de la Diócesis. En este tiempo era Vicariato. Entonces yo le alistaba los caballos, cuando había que salir; yo trataba de llevarle sus valijas, de estar con él, acompañándolo en todos su viajes de misión y, más tarde, él comenzó a sentir necesidades de ayudar a solucionar problemas en las gentes de Sarare.

Entonces, en un diálogo que sostuvimos, creíamos conveniente crear una escuela de capacitación de líderes, que hacía mucha falta en la colonia. El se entusiasmó con la idea; escribió a Misereor y Misereor le ayudó y entonces formó el Instituto San José Obrero. En sus principios estuvo manejado por dos Hermanas de una Comunidad de Puerto Rico: las Hermanas de San José. Allí, en ese tiempo, trabajábamos con la educación formal y la educación fundamental de adultos, que tiene el Ministerio y nos dedicamos a capacitar a sus gentes.

El era feliz viendo las clausuras de los cursos y de saber que nosotros, a través del Instituto, estábamos brindándole al colono capacitación en todos los órdenes. Los primeros auxilios: organizamos los botiquines veredales. En cada vereda había un líder que nosotros capacitábamos en enfermería. Tenían su botiquín veredal. Los instruíamos a través de cursos y también de folletos, que enviábamos a la vereda; en técnicas agropecuarias. El SENA nos colaboró en muchos cursos de este tipo. Teníamos de ebanistería, modistería, etc. Cuanto curso se veía necesario se programaba por el bien de las gentes.

E. ¿Usted trabajaba en ese Centro?

C.L. Sí, yo desde entonces estoy vinculado a él, como asesor de pastoral. Después de esa educación de adultos, vimos que la juventud necesitaba capacitarse, necesitaba estudiar y así él y también Monseñor Iván Cadavid me apoyaron a mí y fundamos un hogar juvenil.

E. ¿Aquí?

C.L. En la Esmeralda. Hoy cuenta con 120 muchachos internos, que por la emergencia tuvimos que alojarlos en donde dábamos los cursos de capacitación de adultos. Pero eso no se quedó ahí, sino que uno de los males que más golpeaban al Sarare era la enfermedad y había muy pocos médicos, muy pocos recursos en ese aspecto. Entonces él logró, a través de la Comunidad de los Hermanos de San Juan de Dios, que se realizara la obra de Ricardo Pampuri, que es un Hospital moderno y que está prestando un enorme servicio a toda la región de Arauca, especialmente a la región de Sarare.

También Monseñor fue un gran enamorado del trabajo con los indígenas; les dedicó todo su empeño y su cariño; los quería mucho. Pues eso era lo que nosotros veíamos, de lo que él nos hablaba y ciertamente él sí deseaba ayudarles a estas comunidades indígenas.

E. Si quisiera usted recoger en una anécdota la vida de Monseñor Jaramillo, ¿de cuál se acuerda?

C.L. Bueno, no sé, hay tantas, tantas anécdotas que él nos dejara; a ver, recordando, ¿cuál sería? Tal vez la de... El era una persona demasiado estricta en sus programas. Por ejemplo, si íbamos en carro y se varaba por cierta circunstancia, él no tenía inconveniente en dejarnos ahí y arrancar. Me acuerdo que, cuando se penetró por el carreteable, hacia un pueblo llamado Panamá, el carro venía fallando y llegó el momento en que falló del todo y yo le dije: "Monseñor, ¿qué hacemos?" y me dijo: "No, tranquilo, quédate con él, que yo llego". Y se vino y anduvo como 3 horas. Cuando lo alcancé, ya estábamos llegando al sitio.

Son cosas, pues, más o menos de ese tipo. El era estricto en sus cosas. Un día en una vereda, a las 12 (a la hora exacta, él tenía que comer y si no comía se enfermaba); se pasó la hora en una y se nos desmayó. Se nos trabó Monseñor y tuvimos que salir corriendo en el carro y, entonces, ya cuando lo metimos al carro que lo vimos tan enfermo, él reaccionó y le dijimos ¿Monseñor qué le paso? Y dijo: “no hombre, es que yo tengo mucha hambre”. Y entonces ahí cerca a una casa había como una llanera y lo metimos ahí, le sirvieron su almuerzo y se alentó. Y siempre él era así.

Otro día eran las 12; ya había terminado su misa y todo y dijo: “ve, si no hay almuerzo, nos vamos a almorzar a otra parte” y fue arrancando. Le dije: “Vea, Monseñor, que espere, que van a servir el almuerzo”. Respondió: “no, no, no, vámonos”. Alcanzamos a llegar a almorzar allá. Era estricto en las horas, no las dejaba. Por ejemplo, nosotros teníamos reuniones muy serias de presbiterio con él y llegaban las 12 y decía: “Ve, hombre, las 12; entonces, después continuamos” y redondeaba ahí y paraba la cuestión. Y no había otro argumento, sino que él paraba.

E. Padre Carlos, ¿cuáles serían las principales realizaciones de él, como pastor, durante el tiempo que pasó en Arauca?

C.L. Bueno, Monseñor trató y luchó mucho en el país por conseguir sacerdotes, porque los sacerdotes siempre fueron escasos, para las grandes necesidades de Arauca. Sobre todo, cuando se abrió la colonia; entonces aparecieron nuevos caseríos, nuevas parroquias. El sufría mucho, porque no podía enviar sacerdotes a todos esos campos. Sin embargo, iba y tocaba las puertas de las diócesis, con una verdadera angustia, hasta que algunos sacerdotes (hay por lo menos unos cuatro o cinco con nosotros) vinieron a ayudarnos en esta tarea.

El siempre estuvo atento a la asistencia espiritual de la diócesis. Era el caminante misionero por antonomasia. Vivía en el Sarare. El pudiera habernos dado a nosotros el esquema de todos sus caminos, de todas sus veredas. No hay vereda donde, en este momento, no recuerden que él pasó por ahí; y yo pienso que hay más de 300 veredas en el Sarare. Entonces fue un apóstol incansable.

El luchó mucho porque en todas las parroquias hubiera religiosas e iba, venía, era preocupado para que las religiosas estuvieran en la diócesis. Con él, pues, vienen muchas Comunidades como las Hermanas Carmelitas, las de María Auxiliadora, las Hermanas Salesianas, las Hermanas del Buen Pastor, las Hermanas de la Divina Providencia (de Monseñor Builes). Es decir, él era un afanado por buscar esa ayuda de las religiosas en toda la diócesis.

Se esforzaba porque nosotros los Sacerdotes estuviéramos siempre en el cumplimiento de nuestro deber, como pastores. Es decir, Monseñor fue un Obispo inquieto. Atendía con el mismo cariño las tres zonas de su diócesis. 1. La tierra fría (Chica), con gentes muy religiosas. 2. La intermedia, entre Chica y el Llano. 3. El Llano. A todas partes llegaba con el mismo cariño de pastor.

El indígena siempre fue una de sus preocupaciones. Tanto que él siempre nos recalcó a nosotros y ese era su pensamiento: que si en algún momento la diócesis entregaba la educación contratada, que era la que él manejaba, pediría que le dejaran a los indígenas, porque era el patrimonio de esta Iglesia.

E. Padre Carlos, muchas gracias por su colaboración.